

Difusión de la cultura

Por Domingo Melfi



ODAS ESTAS etapas de crisis y de convulsiones llevan también en la médula un desorden de la mente. En todas partes se oye la palabra "desorientación". Calza en todo, se le aplica en todo. Se vive como en incertidumbre, con los instintos en acecho y también los instintos aparecen desorientados. ¿Pero la cultura? Habría que dar a los hombres un minimum de cul-

tura para obligarles a comprender su destino. Abandonados a su suerte, es natural que determina clase de libros sólo sirvan para exasperar su desoladora condición social. Ciertos libros obran como estupefacientes en su miseria moral o en su abandono espiritual: ni siquiera dignifican los pensamientos, porque la interpretación de ellos es a menudo arbitraria o pueril. En cambio, otros libros sirven como tónicos ayudan al lector a penetrar, con un seguro envión, en su naturaleza; libros salvadores que permiten dar a la vida su verdadero sentido, su verdadera fuerza y fecundidad.

En Chile hemos abandonado este rubro de la vida educacional. Quizá nunca lo hayamos considerado en su exacta realidad. Cada lector ha sido el rey de sí mismo. Unos han gozado con mayor largueza que otros. Y es que no ha existido la obra de difusión científica y noblemente comprendida. La escuela, salvo excepciones, no sirvió nunca de guía. Y la biblioteca, que debió sembrar en todas partes el dón de la cultura, quedó siempre aislada y hermética, como un organismo de consulta para contados estudiosos. No todos los hombres tienen las mismas tendencias y los mismos deseos. No todos gozan de un tiempo igual para sus lecturas. En otros países la biblioteca popular persigue a los hombres, los detiene en su camino para señalarles un rumbo; les entrega para su deleite, la expresión del pensamiento o las formas sencillas de la emoción y de la verdad. En determinadas circunstancias los trabajadores — llámeseles como se quiera — necesitan de guías en sus lecturas. Necesitan, para emplear otra expresión, "rumberos" que los orienten en la selva inextricable que forman los libros. Como en las otras selvas de la naturaleza, hay en esta de la

cultura, sorpresas y traiciones, que agotan a las víctimas.

Las irritaciones complejas y violentas en el organismo social, provienen en ocasiones, de esta angustiosa soledad en que se deja a los desvalidos de la cultura. Para el hombre que ha seguido una educación ordenada en un Liceo, suelen ser inexplicables estas irritaciones; pero es que ese hombre no puede ponerse en el mismo nivel de comprensión de uno que carece del beneficio de una cultura ordenada. Para éstos el opio es mortal; para los otros puede reducirse al estremecimiento de la sensibilidad, sin dejar otra huella que el encanto del estilo o la suave resonancia de algunas ideas. Es enteramente diverso leer con hambre, con desolación, sintiendo el rugido en la miseria a leer con el estómago en paz. Por lo menos, se sabe que científicamente los hartazgos desordenados del que ha padecido hambre, provocan agudos trastornos... Los seres indefensos, irritados por las injusticias, buscan en los libros, como el hombre de erotismo agudo en las obras pornográficas, únicamente lo que sirve para exaltar su pasión o su rencor sexual.

Los países europeos multiplican sus bibliotecas. Desde la escuela primaria — en Europa sometida a duras críticas — debe provocarse en los niños el impulso inicial, la sed de la lectura, que más tarde deberá proporcionarle los goces más altos y nobles. Pero no es solamente este el punto. Hay la cuestión fundamental de colocar al niño en situación de defenderse contra los libros malsanos. Más tarde entra en función, la obra educadora y social de la biblioteca. En el momento actual, de incertidumbre, la biblioteca no puede ser, como lo son, organismos inertes, de catalogación y de reserva de libros únicamente. Por encima de la función técnica, existe la función social imperiosa, de irradiación de la cultura. El libro es un organismo vivo, palpitante. Pero su siembra no se hace desde los anaqueles. En los países reacios como el nuestro, se impone la obra de propaganda tenaz, en la conferencia, que debe ser como un guía de lectura para los que no han podido proporcionarse un sistema y un orden. Cursos y conferencias de cultura en estas horas inciertas en que las masas no pueden saberle todo y están ávidas, sedientas de saber y de orientación. "La lectura, sabiamente difundida, ha escrito Dubreuil, es el único instrumento de perfección social que poseemos".